

EL SECRETO ADMIRABLE
DEL
SANTISIMO ROSARIO

POR

S. LUIS M.^a GRIGNION DE MONTFORT

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR D. ILDEFONSO NORIEGA

Y D. MATÍAS JOVE

REVISADO Y ANOTADO

POR EL P. NAZARIO PÉREZ, S. J.

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

Depósito legal: SE. 4.359-2012

ISBN: 978-84-7770-361-7

Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

Impreso en España / Printed in Spain

PRESENTACION DE ESTA EDICION

Los escritos de S. Luis M.^a Grignion de Montfort no necesitan presentación ni recomendación alguna. Pero el tema de este libro sí que lo precisa, por desgracia. ¿Se ha pretendido tanto desacreditar, ridiculizar y desterrar de la piedad popular el rezo del Santo Rosario!

Y, sin embargo, en Lourdes, en Fátima, en Beauraing y en Banneux —por no mencionar más que apariciones aprobadas por la Iglesia— la Virgen se aparece con el Rosario en las manos y recomienda, exhorta y hasta pide que se le obsequie con esta práctica de devoción. ¿Qué tendrá, pues, el Rosario que tanto agrada a la Virgen Santísima? A un buen hijo le habría de bastar conocer el deseo de su madre para que se esforzara en complacerla. Pero además son los mismos Papas los que nos recomiendan encarecidamente esta devoción. Baste recordar a León XIII con sus encíclicas anuales sobre este tema, a Pío XII que casi repitió lo mismo, Juan XIII (que afirmaba que desde pequeño había rezado cada día el Rosario entero), Paulo VI, y el actual Pontífice que va siempre con el Rosario en la mano.

Y es que el Rosario no es más que una síntesis de la Historia de la Salvación en todos aquellos misterios en que María está al lado de Jesús participando viva y eficazmente en la salvación de los hombres. Y con el recuerdo de estos misterios la invocamos con las palabras del Angel en la

Anunciación-Encarnación y le suplicamos reiteradamente nos proteja durante toda la vida y en especial a la hora de la muerte. Nos asociamos a la "Esclavita del Señor" y la acompañamos hasta que la vemos en la gloria para que con Jesús nos ponga la corona que hayamos merecido. ¡No es maravilloso recorrer todos los días, en compañía de la Madre del Redentor, el camino de nuestra salvación!

Lee, pues, el librito que te presentamos, lector, y medítalo. Y que esta meditación te haga recitar con devoción, gozo y fruto todos los días de tu vida esta oración tan del agrado de ti y mi Madre celestial.

P. Francisco de P. Solá S.J.

*Director de la Sociedad Grignion de Montfort
Barcelona, 11 de Febrero de 1982, Festividad de
Nuestra Señora de Lourdes.*

PROLOGO

¿Tuvo el Beato Montfort el propósito de publicar este opúsculo, o al menos deseaba que llegara a salir a la luz pública, en la primera oportunidad? No cabe dudar de ello, al leer lo que viene a ser el prefacio de su libro, las tres rosas, puestas aparte, que ofrece a los sacerdotes, a los pecadores y a las almas devotas, y el capullo de rosa que reserva para los Benjamines de la familia de Cristo: los niños.

En la primera dice: «Ministros del Altísimo... permitidme presentaros la rosa blanca de este libro, para poner en vuestro corazón y vuestra boca las verdades que expongo con sencillez... Si yo creyera, que la experiencia que Dios me ha dado de la eficacia de la predicación del Santo Rosario para la conversión de las almas pudiera decidiros a predicarlo... yo os diría las conversiones maravillosas que he logrado mediante su predicación; pero me contento con presentaros en este opúsculo algunos ejemplos antiguos bien comprobados. Unicamente he intercalado en vuestro obsequio algunas citas latinas de buenos autores que demuestran lo que explico al pueblo, en francés».

¿Por qué entonces no se ha publicado el libro hasta ahora? Contestaremos ante todo y es una razón grave para personas de fe, que la hora de Dios no había llegado.

Ocurre con los libros de los santos, como con los santos mismos, que aparecen en el tiempo preciso, señalado

por la Providencia para realizar un gran bien. El Beato Montfort estaba predestinado a combatir el jansenismo, al comenzar el siglo XVIII. Su tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen, hallado en la mitad del siglo XIX, debía contribuir a robustecer el movimiento, que impele a las almas a María y favorecer el respeto y la confianza hacia tan buena Madre.

Hoy toca el turno a «El Secreto del Santísimo Rosario», porque la lucha entre la Inmaculada y Satanás y entre las razas de la una y del otro, es más enconada que nunca y va a ser más terrible todavía, siendo preciso que nosotros, los fieles soldados de María, empuñemos el arma que ha de darnos la victoria, es decir, el Santo Rosario.

¿Y quién nos predicará el Rosario, mejor que Montfort, que fue y es todavía, en expresión de la Iglesia, el Predicador excelente? Durante los años de su vida apostólica, lo implantó en todas las parroquias en que dio misiones. Sus ejemplos, sus escritos, sus mismas imágenes, nos excitaban ya a amar y practicar una devoción que él estimaba sobremanera. El Beato Montfort apareció siempre a los ojos de todos como el apóstol del Rosario.

Y ahora es preciso por las circunstancias que atravesamos, que predique por medio de su libro tan amada devoción.

Montfort con su voz recia y elocuente clamará a los cristianos de nuestros días: «¡A las armas! ¡Tomad con una mano la Cruz y el Rosario con la otra y combatid con valor por la más noble de las causas; por el honor de Dios y la gloria de su Madre!»

Dícese que León XIII, impresionado por la vida y los escritos del Beato Montfort, cuya beatificación preparaba, se sintió vehementemente movido a recomendar a la cristiandad el rezo del Rosario. Efecto análogo ocurrirá a los que lean con fe este libro. El Beato Montfort les ha-

rá saborear su devoción predilecta y les inspirará el abrazarla con amor.

Fuera del motivo sobrenatural apuntado, contribuyó a retardar la impresión del «Secreto Admirable», el hecho de que el Beato al componerlo aprovechara extensamente la obra del dominico Antonino Thomas, impresa en Reims el año 1698 bajo el título de Rosario místico de la Santísima Virgen, o Santo Rosario ideado por Santo Domingo; porque no solamente tomó las ideas, sino que reprodujo literalmente numerosos pasajes de la misma obra. De ahí que se dudara si convenía editar, al amparo del nombre del Beato Montfort, un trabajo que era debido en parte a otro. Sin embargo, después de larga reflexión nos hemos decidido a ello. ¿Por qué? Porque el libro que ofrecemos al público es en realidad un trabajo personal de Montfort. El Beato autor escogió de la obra del dominico los paisajes que creía más a propósito para hacer bien y los ordenó más armónicamente. Su libro presenta aspecto sugestivo y original: es una corona mística, de la que cada capítulo es una rosa. El lector puede así ornar con cincuenta y tres rosas maravillosas la frente de su Soberana.

Montfort ha sacado de una obra, un poco farragosa y abultada, un compendio suelto y conciso, sembrado de reflexiones prácticas, enriquecido con capítulos enteramente nuevos del Beato Alano de la Roche, etc.

Finalmente, una razón de peso, es que gracias a la influencia de Montfort, las ideas adoptadas por él y recibidas del dominico A. Thomas, van a tener un tan glorioso destino como seguramente no habría soñado su autor. Bajo el nombre amado y conocido de Montfort, cundirán esas ideas por el mundo entero para alimentar la piedad mariana de innumerables multitudes. Si se editara «El Rosario místico», la obscuridad de su autor le proporciona-

ría un éxito dudoso, mientras que, sin la menor vacilación, predecimos al «Secreto Admirable del Santo Rosario» un éxito cierto y brillante.

Si una persona cualquiera pretendiese hacer un compendio del «Rosario místico», un opúsculo más sencillo y adecuado para la generalidad de los fieles, nadie tendría reparo que oponer a ello.

Por el contrario, se alabaría el proyecto y se agradecería el autor. Pues bien, es un santo el que se ha impuesto ese sacrificio y tomado ese trabajo y hemos por lo tanto de aplaudir su iniciativa. Publicar su «Secreto» es participar de sus miras. Al examinar el manuscrito original, hecho con letra segura y esmerada, se ve que está confeccionado *con amor*. El amor guiaba la pluma del Beato, el amor a su querida Madre del cielo, que él ansiaba honrar, y el amor a sus hermanos que aspira a conquistar para su devoción favorita. Piensa esto, lector, al recorrer estas páginas. Pide al Beato que transfunda en tu alma los sentimientos que animaban la suya. Dile que te ayude a saludar a María con el ángel Gabriel y a atraer, por esa súplica, sobre la tierra, la gracia que te santifique y quebrante la cabeza de la serpiente infernal.

Por el Ave María
el pecado se destruirá.

Por el Ave María
toda gracia nos vendrá.

San Lorenzo del Sevre, 1.º de octubre de 1911.

Fiesta del Santo Rosario.

ROSA BLANCA

A LOS SACERDOTES

Ministros del Altísimo, predicadores de la verdad, clarines del Evangelio, permitidme que os presente la rosa blanca de este librito para introducir en vuestro corazón y en vuestra boca las verdades que en él se exponen sencillamente y sin aparato. En vuestro corazón, para que vosotros mismos emprendáis la práctica santa del Rosario y gustéis sus frutos. En vuestra boca para que prediquéis a los demás la excelencia de esta santa práctica y os convirtáis por este medio. Guardaos, si no lo lleváis a mal, de mirar esta práctica como insignificante y de escasas consecuencias, como hace el vulgo y aun muchos sabios orgullosos; es verdaderamente grande, sublime, divina. El cielo es quien os la ha dado para convertir a los pecadores más endurecidos y los herejes más obstinados. Dios ha vinculado a ella la gracia en esta vida y la gloria en la otra. Los santos la han ejercitado y los Soberanos Pontífices la han autorizado.

¡Oh, cuán feliz es el sacerdote y director de almas a quien el Espíritu Santo ha revelado este secreto, desconocido de la mayor parte de los hombres o sólo conocido superficialmente! Si logra su conocimiento práctico, lo recitará todos los días y lo hará recitar a los otros. Dios y su Santísima Madre derramarán copiosamente la gracia en su alma para que sea instrumento de su gloria; y pro-

ducirá más fruto con su palabra, aunque sencilla, en un mes que los demás predicadores en muchos años.

No nos contentemos, pues, mis queridos compañeros, en aconsejarle a los demás, es necesario que le practiquemos. Bien podremos estar convencidos de la excelencia del Santo Rosario, mas sino le practicamos, poco empeño se tomará quien nos oyere en cumplir lo que aconsejamos, porque nadie da lo que no tiene “Caepit Jesús facere et docere”. Imitemos a Jesucristo, que comenzó por hacer aquello que enseñaba. Imitemos al Apóstol, que no conocía, ni predicaba más que a Jesucristo crucificado: y eso es lo que haréis al predicar el Santo Rosario, que según más abajo veréis, no es sólo un compuesto de Padrenuestros y Avemarías, sino un divino compendio de los misterios de la vida, pasión, muerte y gloria de Jesús y de María. Si creyera yo que la experiencia, que Dios me ha dado de la eficacia de la predicación del Santo Rosario para convertir las almas, os podría determinar a predicarlo, a pesar de la moda contraria de los predicadores; os diría las conversiones maravillosas, que he visto venir con la predicación del Santo Rosario; pero me contentaré con relatar en este compendio algunas historias antiguas y bien probadas. Y solamente en servicio vuestro he insertado también algunos textos latinos de buenos autores, que prueban lo que explico al pueblo en francés.

* *

ROSA ENCARNADA

A LOS PECADORES

A vosotros pobres pecadores y pecadoras, un pecador mayor todavía os ofrece esta rosa enrojecida con la

Sangre de Jesucristo, para haceros florecer y para salvaros. Los impíos y los pecadores impenitentes claman todos los días: «Coronémonos de rosas». Coronémonos de rosas, cantemos también nosotros, coronémonos con las rosas del Santo Rosario. ¡Ah! ¡cuán diferentes son sus rosas de las nuestras! Son las rosas de ellos sus placeres carnales, sus vanos honores y sus riquezas perecederas, que muy pronto se marchitarán y perecerán; mas las nuestras (nuestros Padrenuestros y Avemarías bien dichos, juntos con nuestras obras de penitencia) no se marchitarán ni pasarán jamás y su resplandor brillará de aquí a cien mil años como al presente; las pretendidas rosas de ellos no tienen sino la apariencia de tales, en realidad no son otra cosa que espinas punzantes durante la vida por los remordimientos de conciencia, que los atormentarán en la hora de la muerte (con el arrepentimiento) y los quemarán durante toda la eternidad, por la rabia y la desesperación. Si nuestras rosas tienen espinas, son espinas de Jesucristo que El convierte en rosas. Si punzan nuestras espinas, es sólo por algún tiempo, no punzan sino para curarnos del pecado y salvarnos. Coronémonos, a porfía, de estas rosas del paraíso recitando diariamente el Rosario. Si sois fieles en rezarle devotamente hasta la muerte, a pesar de la enormidad de vuestros pecados, creedme. *Percipietis coronam inmarcesibilem*, recibiréis una corona de gloria que no se marchitará jamás. Aun cuando os halláseis en el borde del abismo, o tuvieseis ya un pie en el infierno; aunque hubieseis vendido vuestra alma al diablo, aún cuando fueseis un hereje endurecido y obstinado como un demonio, tarde o temprano os convertiréis y os salvaréis, con tal que (lo repito y notad las palabras y los términos de mi consejo) recéis devotamente todos los días el Santo Rosario hasta la muerte, para conocer la verdad y obtener la contrición y el perdón de vuestros pecados.

Ya veréis en esta obra muchas historias de grandes pecadores convertidos por virtud del santo Rosario. Leedlas para meditarlas.

* *

ROSAL MISTICO

A LAS ALMAS DEVOTAS

No llevaréis a mal, almas devotas, alumbradas por el Espíritu Santo, que os dé un pequeño rosal místico, bajado del cielo, para ser plantado en el jardín de vuestra alma; en nada perjudicará las flores odoríferas de vuestra contemplación. Es muy oloroso y enteramente divino, no destruirá en lo más mínimo el orden de vuestro jardín; es muy puro, bien ordenado y lo conduce todo al orden y a la pureza; crece hasta una altura tan prodigiosa, adquiere una tan vasta extensión, si se le riega y cultiva cual conviene, todos los días, que no sólo no estorba, antes conserva y perfecciona todas las restantes devociones. Vosotros que sois espirituales me comprendéis bien; este rosal es Jesús y María en la vida, en la muerte y en la eternidad. Las hojas verdes de este rosal místico representan los misterios y gozos de Jesús y de María; las espinas, los dolorosos; y las flores, los gloriosos; los capullos son la infancia de Jesús y de María; las rosas entreabiertas representan a Jesús y a María en los sufrimientos; las abiertas del todo muestran a Jesús y a María en su gloria y en su triunfo. La rosa alegra con su hermosura: Ved aquí a Jesús y a María en sus misterios gozosos, pica con sus espinas, ved aquí a Jesús y a María en sus misterios dolorosos; regocija con la suavidad de su aroma; vedlos, en fin, en

sus misterios gloriosos. No desprecies, pues, mi planta excelente y divina, plantadla en vuestra alma, adoptando la resolución de rezar el Rosario. Cultivadla y regadla rezándole fielmente todos los días y haciendo buenas obras y veréis como este grano que parecía tan pequeño llegará a ser con el tiempo un árbol grande, donde las almas predestinadas y elevadas a la contemplación harán sus nidos y morada para guardarse a la sombra de sus hojas de los ardores del sol, para preservarse en su altura de las bestias feroces de la tierra y para ser, en fin, delicadamente alimentadas con su fruto, que no es otro que el adorable Jesús a quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén. Dios solo.

* *

CAPULLO DE ROSA

A LOS NIÑOS

A vosotros, amiguitos míos, os ofrezco un hermoso capullo de rosa; es un granito de vuestro rosario que os parece cosa tan insignificante. Mas ¡oh, qué precioso es ese granito! ¡Qué admirable es ese capullo! ¡Cómo se desarrollará si rezáis devotamente vuestra Ave María! Mucho sería pedirlos que recéis el Rosario todos los días; rezad por lo menos diariamente un tercio del Rosario con devoción y será una linda corona de rosas que colocaréis en las sienes de Jesús y de María. Creedme; y escuchad una hermosa historia, y no la olvidéis.

Dos niñas, hermanitas, estaban a la puerta de su casa rezando devotamente el Santo Rosario. Aparéceselas una hermosa Señora, la cual se aproxima a la más pequeña,

que tenía de seis a siete años, la toma de la mano y se la lleva. Su hermana mayor la busca llena de turbación y desesperada de poderla encontrar vuelve a su casa llorando. El padre y la madre la buscan dos días sin encontrarla. Pasado este tiempo la encuentran a la puerta con su rostro alegre y gozoso. Pregúntanle de dónde viene y contesta que la Señora a quien rezaba el Rosario la había llevado a un lugar muy hermoso y la había dado a comer cosas muy buenas y había colocado en sus brazos a un Niño bellísimo. El padre y la madre, recién convertidos a la fe, llamaron al Padre Jesuita que los había instruido en ella y en la devoción del Rosario y le contaron lo que había pasado. De sus propios labios lo hemos sabido nosotros. Aconteció en el Paraguay.

Imitad, amados niños, a estas dos fervorosas niñas, rezad todos los días, como ellas, el Rosario, y mereceréi así ver a Jesús y a María, sino en esta vida, después de la muerte, durante la eternidad. Amén.

Sabios e ignorantes, justos y pecadores, grandes y pequeños, alaben y saluden día y noche con el Santo Rosario a Jesús y a María.

Salutate Marian, quae multum laboravit in vobis. (Rom. XVI). Saludad a María, que mucho ha trabajado en medio de vosotros.

EL SECRETO ADMIRABLE DEL SANTISIMO ROSARIO

PARA CONVERTIRSE Y SALVARSE

PRIMERA DECENA

**Excelencia del Santísimo Rosario en su
origen y en su nombre**

Primera Rosa

LAS ORACIONES DEL ROSARIO

El Rosario comprende dos cosas; a saber: la oración mental y la oración vocal. La oración mental del Santo Rosario es la meditación de los principales misterios de la vida, muerte y gloria de Jesucristo y de su Santísima Madre. La oración vocal del Rosario consiste en decir quince decenas de *Ave Marías* terminadas por un *Padre nuestro*, mientras se medita y contempla las quince virtudes principales que Jesús y María han practicado, en los quince misterios del Santo Rosario.

En la primera parte, que consta de cinco decenarios, se honra y considera los cinco misterios gozosos; en la segunda, los cinco misterios dolorosos, y en la tercera, los

cinco misterios gloriosos. De ese modo el Rosario es un compuesto sagrado de oración mental y vocal para honrar e imitar los misterios y las virtudes de la vida, muerte, pasión y gloria de Jesucristo y de María.

* *

Segunda Rosa

ORIGEN DEL ROSARIO

El Santo Rosario, compuesto en su fondo y substancia de la oración de Jesucristo y de la salutación angélica, a saber el Padrenuestro y el Ave María, y la meditación de los misterios de Jesús y María, es sin duda la primera oración y la devoción primera de los fieles, que desde los apóstoles y los discípulos se transmitió de siglo en siglo hasta nosotros (1). No obstante, el Santo Rosario en la forma y método que lo recitamos al presente, no fue inspirado a la Iglesia y dado por la Santísima Virgen a Santo Domingo, para convertir los herejes albigenses y los pecadores, hasta el año 1214, de la manera que voy a decir y según refiere el Beato Alano de la Roche en su famoso libro titulado: *De dignitate Psalterii* (1). Viendo Santo Do-

(1) Según las investigaciones de los historiadores eclesiásticos, no parece que pueda hoy admitirse lo que aquí dice el B. Montfort sobre la antigüedad en el uso del Ave María. Hasta el siglo XII no hay testimonio alguno de que se rezara el Ave María, si no es como antifona en la liturgia. Antes de Santo Domingo se citan sólo cuatro o cinco casos de fieles que rezaran el Ave María. El Santo fue el primero que consta mandara rezar el Ave María en sus Constituciones y sus discípulos los primeros de quienes tenemos noticia que propagaron la devoción de rezar series de Ave Marías, meditando los misterios y juntando el rezo con genuflexiones, al modo que rezaba Santo Domingo, según nos lo representa el arte de su tiempo. Con fundamento, pues, la voz de los Sumos Pontífices, de acuerdo con la tradición nos señala a Santo Do-

mingo que los crímenes de los hombres obstaculizaban la conversión de los albigenses, entró en un bosque próximo a Tolosa y pasó en él tres días y tres noches en continua oración y penitencia, no cesando de gemir, de llorar y de macerar su cuerpo con disciplinas para calmar la cólera de Dios; de suerte que cayó medio muerto. La Santísima Virgen acompañada de tres princesas del cielo se le apareció entonces y le dijo: «¿Sabes tú, mi querido Domingo, de qué arma se ha servido la Santísima Trinidad para reformar el mundo? —Oh, Señora, respondió él, Vos lo sabéis mejor que yo, porque después de vuestro Hijo Jesucristo fuisteis el principal instrumento de nuestra salvación». Ella añadió: «Sabe que la pieza principal de la batería fue la salutación angélica, que es el fundamento del Nuevo Testamento; y por tanto si quieres ganar para Dios esos corazones endurecidos, reza mi salterio». El Santo se levantó muy consolado y abrasado de celo por el bien de estos pueblos, entró en la Catedral; en el mismo momento sonaron las campanas por intervención de los ángeles para reunir los habitantes y al principio de la predicción se levantó una espantosa tormenta; la tierra tembló, el sol se nubló, los repetidos truenos y relámpagos hicieron estremecer y palidecer a los oyentes; y aumentó su terror al ver una imagen de la Santísima Virgen, expuesta en lugar preeminente levantar los brazos tres veces hacia el cielo, para pedir a Dios venganza contra ellos si no se convertían y recurrían a la protección de la Santa Madre de Dios.

mingo como fundador del Rosario, aunque no enseñara él a rezarlo precisamente en series de diez Ave Marías y distribuyendo como ahora la meditación de los misterios. Esta no se fijó hasta el siglo XV.

Véanse sobre todo este asunto los interesantes artículos del P. Getino, O.P. (en la Ciencia Tomista, T. XXIV y XXV). «¿Fue Santo Domingo fundador del Rosario?»

(1) De la dignidad del salterio de Maria; es decir del Rosario.

El cielo quería por estos prodigios aumentar la nueva devoción del Santo Rosario y hacerla más notoria. La tormenta cesó al fin por las oraciones de Santo Domingo. Continuó su discurso y explicó con tanto fervor y entusiasmo la excelencia del Santo Rosario, que los moradores de Tolosa le abrazaron casi todos, renunciando a sus errores, viéndose en poco tiempo un gran cambio en la vida y costumbres de la ciudad (1).

* *

Tercera Rosa

EL ROSARIO Y SANTO DOMINGO

Este milagroso establecimiento del Santo Rosario, que guarda cierta semejanza con la manera en que Dios promulgó su ley sobre el monte Sinaí, manifiesta evidentemente la excelencia de esta divina práctica. Santo Domingo, inspirado por el Espíritu Santo, predicó todo el resto de su vida el Santo Rosario con el ejemplo y la palabra, en las ciudades y en los campos, ante los grandes y los pequeños, ante sabios e ignorantes, ante católicos y herejes. El Santo Rosario, que rezaba todos los días, era su preparación para predicar y su acción de gracias después de haber predicado. Cuando el Santo estaba, un día de San Juan Evangelista, en Nuestra Señora de París, detrás del altar mayor, en una capilla, rezando el Santo Rosario para prepararse a predicar, le apareció la Santísima Vir-

(1) Ninguna de estas maravillas refieren los antiguos historiadores de la Orden de Sto. Domingo y por eso los críticos desconfían. Téngase en cuenta sin embargo que Sto. Domingo no tuvo ningún biógrafo contemporáneo. Los que narraron su vida lo hicieron dentro del cuadro general de la historia de su Orden, donde no cabían tantos pormenores.

gen y le dijo: «Domingo, aunque lo que tienes preparado para predicar sea bueno, he aquí, no obstante, un sermón mucho mejor que yo te traigo». Santo Domingo recibe de sus manos el libro donde estaba el sermón, lo lee, lo saborea, lo comprende, da gracias por él a la Santísima Virgen. Llega la hora del sermón, se enfervoriza y después de no haber dicho en alabanza de San Juan Evangelista otra cosa, sino que había merecido ser custodio de la Reina del cielo, dice a toda la concurrencia de grandes y doctores que habían venido a oírle y que estaban habituados a discursos floridos, que no les hablaría con palabras de la sabiduría humana, sino con la sencillez y la fuerza del Espíritu Santo. Y efectivamente, les predicó el Santo Rosario, explicándoles palabra por palabra, como a niños, la salutación angélica, sirviéndose de comparaciones muy sencillas, que había leído en el papel que le diera la Santísima Virgen. He aquí las mismas palabras del sabio Cartagena, tomadas por él del libro del Beato Alano de la Roche, titulado *De Dignitate psalterii*: «Patrem sanctum Dominicum sibihaec revelatione dixisse testatur: Tu praedicas, fili, sed uti caveas ne potius laudem humanam quaeras quam animarum fructum, audi quid mihi Parisiis contigit. Debebam inmajori ecclesia beatae Mariae praedicare, et volebam curiose no jactantiae causa, sed propter astantium facultatem et dignitatem. Cum igitur more meo per horam fere ante sermonem in psalterio meo (*Rosarium intelligit*) quedam in capella post altare majus orarem, subito factus sum in raptum. Cernebam amicam meam Dei Genitricem afferentem mihi libellum et dicentem: «Dominice, etsi bonum est quod praedicare disposuisti sermonem, tamen longe meliorem attuli». Loetus librum capio, lego constanter, ut dixit, reperio, gratias ago, adest hora sermonis, adest parisiensis Universitas tota, dominorumque numerus magnus. Audiebant quippe et vi-

debant signa magna quae per me Dominus operabatur; itaque ambonem ascendo. Festum erat sancti Joannis Evangelitae. De eo aliud non dico nisi quod custos singularis esse meruit Reginae coeli. Deinde auditores sic alloquor: Domini et Magistri praestantissimi, aures reverentiae vestrae solitae sunt curiosos audire sermones et auscultare. At nunc ego non in doctis humanae sapientiae verbis, sed in ostentione spiritus et virtutis loquar». Tunc ait Carthagena post Beatum Alanum:

Sanctus Dominicus eis explicavit Salutationem angelicam comparationibus et similitudinibus familiaribus hoc modo».

El Beato Alano afirma que su Padre Santo Domingo, le dijo un día en su revelación: «Hijo mío, tu rezas, pero para que tú no busques las alabanzas de los hombres antes que la salvación de las almas, escucha lo que me sucedió en París. Debía predicar en la magnífica iglesia dedicada a la bienaventurada María y quería hacerlo de un modo ingenioso, no por orgullo, sino por la influencia y dignidad del auditorio. Según mi costumbre, oraba recitando el Rosario durante la hora que precedía a mi sermón y tuve un raptó. Vi a mi amada Señora la Madre de Dios que trayéndome un libro me decía: «Domingo, por bueno que sea el sermón que has decidido predicar, te traigo aquí otro mejor».

«Muy gozoso, cogí el libro, lo leí entero y, como María había dicho, comprendí bien que aquello era lo que convenía predicar. Se lo agradecí con todo mi corazón. Llegada la hora del sermón, tenía delante de mí la Universidad de París en masa y un gran número de señores. Ellos veían y comprendían las grandes señales que por mediación mía les hacía el Señor. Subo al púlpito. Era la fiesta de San Juan, pero de tal apóstol me contenté con decir que mereció ser escogido para guardián de la Reina del

cielo; hablando así después a mi auditorio: «Señores y Maestros ilustres, estáis acostumbrados a escuchar sermones elegantes y sabios; pero yo no quiero dirigiros las doctas palabras de la sabiduría humana, sino mostraros el Espíritu de Dios y su virtud». Y entonces dice Cartagena, según el Beato Alano, Santo Domingo explicó la Salutación angélica por comparaciones y semejanzas familiares».

El Beato Alano de la Roche, como dice el mismo Cartagena, refiere otras varias apariciones de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen a Santo Domingo para instarle y animarle a predicar el Santo Rosario, a fin de combatir el pecado y convertir a pecadores y herejes, dice: «*Beatus Alanus dicit sibi a Beata Virgine revelatum fuisse Christum Filium suum apparuisse post se sancto Dominico et ipsi dixisse: «Dominice, gaudeo quod non confidas in tua sapientia, sed cum humilitate potius velis salvare animas quam vanis hominibus placere. Sed multi praedicatores statim volunt contra gravissima peccata instare, ignorantes quod ante gravem medicinam debet fieri proeparatio, ne medicina sit inanis et vacua: quapropter prius homines debent induci ad orationis devotionem et signanter ad psalterium meum angelicum; quoniam, si omnes coeperint hoc orare, non dubium est quin perseverantibus aderit pietas divinae clementiae. Praedica ergo psalterium meum».*

«El Beato Alano dice que la Santísima Virgen le reveló que Jesucristo su hijo se había aparecido después que Ella a Santo Domingo y le había dicho: «Domingo, me alegro de ver que no te apoyas en tu sabiduría y que trabajas con humildad por la salvación de las almas, sin preocuparte en complacer a los hombres vanos. Muchos predicadores quieren en seguida tronar contra los pecadores más graves, olvidando que antes de dar remedio penoso, es necesario preparar el enfermo para que lo reciba y se aprove-

che de él. Por eso deben antes exhortar al auditorio al amor a la oración, especialmente a mi angélico salterio; porque si todos empiezan a rezarlo no es dudoso que la divina clemencia estará propicia para los que perseveren. Reza, pues, mi Rosario».

En otro lugar dice el Beato Alano: «*Omnes sermocinantes et proedicantes Christicolis exordium pro gratia impetranda a salutatione angelica faciunt. Hujus rei ratio sumpta ets ex revelatione facto beato Dominico cui beata Virgo dixit: «Dominice fili, nil mireris quod concionando minine proficias. Enimvero aras solum a pluvia nom irrigantur. Scitoque cum Deus renovare decrevit mundum Salutationis angelicae pluviam proemisit; sicque ipse in melius est reformatus.—Hortare igitur homines in concionibus ad Rosarii mei recitationem, et magnos animarum fructus colliges».* Quod sanctus Dominicus strenue executus uberes ex suis concionibus animarum fructus retuli. Hoc in Libro miraculorum sancti Rosarii, italice conscripto, et in Justino, discursu 143).

Es decir: «Todos los predicadores hacen decir a los cristianos la salutación angélica, al principio de sus sermones para obtener la gracia divina. La razón de ello se encuentra en una revelación hecha a Santo Domingo por la bienaventurada Virgen. «Hijo mío, le dijo, no te sorprendas de que no tengan éxito tus predicaciones, porque trabajas en una tierra que no fue regada por la lluvia. Sabe, que cuando Dios quiso renovar el mundo, envió de antemano la lluvia de la Salutación angélica y así es como se reformó el mundo. Exhorta, pues, en tus sermones a rezar el Rosario y recogerás grandes frutos para las almas». Y habiéndolo hecho así Santo Domingo constantemente, obtuvieron sus predicaciones notable éxito». (Esto se encuentra en el Libro de los milagros del Santo Rosario, escrito en Italiano y el discurso 143 de Justino).

He tenido gusto en copiar palabra por palabra los pasajes latinos de estos buenos autores en favor de los predicadores y personas eruditas, que pudieran poner en duda la maravillosa virtud del Santo Rosario. Mientras siguiendo a Santo Domingo se predicó la devoción del Santo Rosario la piedad y el fervor florecían, en las Ordenes religiosas que practicaban esta devoción, y en el mundo cristiano; pero desde que no se hizo tanto aprecio de ese presente venido del cielo, no se ve más que pecado y desórdenes por todas partes.

* *

Cuarta Rosa

EL ROSARIO Y EL BEATO ALANO DE LA ROCHE

Como todas las cosas, aun las más santas, en cuanto dependen de la voluntad de los hombres están sujetas a cambios, no hay porque sorprenderse de que la cofradía del Santo Rosario sólo subsistiese en su primitivo fervor alrededor de cien años después de su institución, así que luego estuvo casi sumida en el olvido. Además, la malicia y envidia del demonio han contribuido, sin duda, a la menor estimación del Santo Rosario, para detener los torrentes de la gracia de Dios que esta devoción atraía al mundo. En efecto, la justicia divina afligió todos los reinos de Europa el año 1349 con la peste más horrible que se recuerda, la que desde levante se extendió a Italia, Alemania, Francia, Polonia, Hungría y desoló casi todos estos territorios, pues de cien hombres apenas quedaba uno vivo; las poblaciones, las villas, las aldeas y los monasterios quedaron casi desiertos durante los tres años que duró la epidemia.

Este azote de Dios fue seguido de otros dos: la herejía de los Flagelantes y un desgraciado cisma el año 1376.

Luego que, por la misericordia de Dios, cesaron estas calamidades, la Santísima Virgen ordenó al Beato Alano de la Roche, célebre Doctor y famoso predicador de la Orden de Santo Domingo del convento de Dinan, en Bretaña, renovar la antigua cofradía del Santo Rosario, para que ya esta cofradía había nacido en esta provincia, un religioso de la misma tuviese el honor de restablecerla. Este Beato Padre empezó a trabajar en esta gran obra el año 1460, después que Nuestro Señor Jesucristo para determinarle a predicar el Santo Rosario le manifestó un día en la Sagrada Hostia, cuando el Beato celebraba la Santa Misa: «¿Por qué me crucificas tú de nuevo? —¿Cómo, Señor? le contestó el Beato Alano enteramente sorprendido. Son tus pecados los que me crucifican, le respondió Jesucristo y preferiría ser crucificado otra vez que ver a mi Padre ofendido por los pecados que has cometido. Y me crucificas aun, porque tienes ciencia y cuanto es necesario para predicar el Rosario de mi Madre y por este medio instruir y desviar muchas almas del pecado; tu lo salvarías impidiendo grandes males y no haciéndolo eres culpable de los pecados que ellos cometen». Estos cargos terribles resolvieron al Beato Alano a predicar incesantemente el Rosario.

La Santísima Virgen le dijo también cierto día, para animarle aun más a predicar el Santo Rosario: «Fuiste un gran pecador en tu juventud, pero he obtenido de mi Hijo tu conversión, he rogado por ti y hubiese deseado, a ser posible, padecer toda clase de trabajos para salvarte, pues los pecadores convertidos son mi gloria; y para hacerte digno de predicar por todas partes mi Rosario».

Santo Domingo cuando describía a los fieles los frutos que había conseguido en los pueblos por medio de esta

hermosa devoción que les predicaba continuamente, solía decir: «Vides quomodo profecerim in sermone isto, id etiam facies et tu et omnes Mariae amatores, ut sic trahatis omnes populos ad omnem scientiam virtutum». «Ved el fruto que he conseguido con la predicación del Santo Rosario; haced lo mismo cuantos amáis a la Santísima Virgen, para que llevéis por este Santo ejercicio del Rosario, todos los pueblos al conocimiento de la ciencia verdadera, que es la virtud.

Esto es en compendio lo que la historia nos enseña del establecimiento del Santo Rosario y de su renovación por el Beato Alano de la Roche.

* *

Quinta Rosa

COFRADIA DEL ROSARIO

No hay, hablando con propiedad, más que una cofradía del Rosario compuesto de 150 Ave Marías; pero en relación al fervor de las distintas personas que la practican hay tres clases, a saber: el Rosario común u ordinario, el Rosario perpetuo y el Rosario cotidiano. La cofradía del Rosario ordinario sólo exige que se rece una vez por semana y la del Rosario perpetuo una vez al año; pero la del Rosario cotidiano exige rezarlo entero; es decir las 150 Ave Marías, diariamente. Ninguno de estos Rosarios implica obligación bajo pecado, ni aun venial; porque la promesa de rezarlo es completamente voluntaria y de supererogación; pero no debe alistarse en la cofradía quien no tenga voluntad de cumplir esa promesa, según le ordena la cofradía y siempre que pueda sin faltar a las obligaciones de su estado. Así, cuando el rezo del Rosa-

rio coincida con una acción que por nuestro estado es obligatoria, debe preferirse esta acción al Rosario por santo que sea. Cuando en la enfermedad no pueda rezarse en todo ni en parte sin exacerbar el padecimiento, no obliga. Cuando por legítima obediencia, olvido involuntario o necesidad apremiante no ha podido rezarse, no hay ningún pecado, ni aun venial; y no deja por eso de participarse de las gracias y méritos de los otros hermanos y hermanas que lo rezan en todo el mundo.

Cristianos; si faltáis a este rezo por pura negligencia, sin ningún motivo formal, absolutamente hablando tampoco pecáis, pero perdéis la participación en las oraciones, buenas obras y méritos de la cofradía y por vuestra infidelidad en cosas pequeñas y de supererogación caeréis insensiblemente en la infidelidad a las cosas grandes y de obligación esencial; porque: *Qui spernit modica paulatim decidet* (1): Quien desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá.

* *

Sexta Rosa

EL SALTERIO DE MARIA

Desde que Santo Domingo estableció esta devoción hasta el año 1460 en que el Beato Alano de la Roche la renovó por orden del cielo, se le llama el salterio de Jesús y de la Santísima Virgen porque contiene tantas salutaciones angélicas, como salmos contiene el salterio de David, y los sencillos e ignorantes, que no pueden rezar el salterio de David, encuentran en el Rosario un fruto igual y aun mayor al que se consigue con el rezo de los salmos

(1) Eccli., 19, 1.

de David: 1.º Porque el salterio angélico tiene un fruto más noble, a saber: el Verbo encarnado, mientras que el salterio de David no hace más que predecirle; 2.º Como la verdad sobrepasa la figura y el cuerpo a la sombra, del mismo modo el salterio de la Santísima Virgen sobrepasa al salterio de David que sólo fue sombra de aquél; 3.º Porque la Santísima Trinidad es la que ha compuesto el salterio de la Santísima Virgen o Rosario que se integra de Padrenuestros y Avemarías.

El salterio o Rosario de la Santísima Virgen está dividido en tres rosarios de cinco decenas cada uno: 1.º para honrar a las tres personas de la Santísima Trinidad; 2.º para honrar la vida, muerte y gloria de Jesucristo; 3.º para imitar a la Iglesia Triunfante, ayudar a la militante y aliviar a la padeciente; 4.º para imitar las tres partes de los salmos cuya primera parte es para la vía purgativa, la segunda para la vía iluminativa y la tercera para la unitiva; 5.º para colmarnos de gracia durante la vida, de paz en la muerte y de gloria en la eternidad.

* *

Séptima Rosa

EL ROSARIO CORONA DE ROSAS

Desde que el Beato Alano de la Roche renovó esta devoción, la voz pública, que es la voz de Dios, le ha dado el nombre de Rosario (1) que significa corona de rosas. Es decir, que cuantas veces se reza, como es debido, el

(1) No fue sin embargo el B. Alano quien inventó este nombre de Rosario, ya conocido antes, por el contrario él quiso que se llamara Salterio.

Rosario, se coloca sobre la cabeza de Jesús y de María una corona compuesta de 153 rosas blancas y 16 rosas encarnadas del paraíso que jamás perderán ni su hermosura, ni su brillo. La Santísima Virgen aprobó y firmó este nombre de Rosario, revelando a varios que le presentaban tantas rosas agradables cuantas Ave Marías rezasen en su honor y tantas coronas de rosas como Rosarios.

El Hermano Alfonso Rodríguez (1), de la Compañía de Jesús, rezaba el Rosario con tanto ardor que veía con frecuencia en cada Padre Nuestro salir de su boca una rosa encarnada y a cada Ave María una blanca igual en hermosura y buen aroma y solamente distinta en el color.

Las crónicas de San Francisco cuentan que un joven religioso tenía la buena costumbre de rezar todos los días antes de la refección la corona de la Santísima Virgen. Un día por no sé qué casualidad faltó a ella, y estando servida la cena rogó a su superior que le permitiese rezarla antes de ir a la mesa. Con este permiso se retiró a su habitación; pero como tardaba mucho, el superior envió un religioso a llamarle; y éste le encontró iluminado con celestes resplandores y la Santísima Virgen con dos ángeles cerca de él. A medida que decía un Ave María, una rosa salía de su boca y los ángeles cogían las rosas una tras otra y las colocaban sobre la cabeza de la Santísima Virgen, que les testimoniaba su consentimiento. Otros dos religiosos enviados para saber la causa del retraso de sus compañeros, vieron este misterio y no desapareció la Santísima Virgen hasta que terminó el rezo de la corona.

El Rosario es, pues, una gran corona y el de cinco decenas una guirnalda de flores o coronilla de rosas celestes que se coloca sobre la cabeza de Jesús y María. La rosa

(1) Hoy San Alfonso.

es la reina de las flores, del mismo modo el Rosario es la rosa y la primera de las devociones.

* *

Octava Rosa

MARAVILLAS DEL ROSARIO

No es posible expresar cuanto estima la Santísima Virgen del Rosario sobre todas las demás devociones y cuán magnánima es al recompensar a quienes trabajan para predicarlo, establecerlo y cultivarlo y cuán terrible es, por el contrario, con aquellos que quieren hacerle oposición.

Santo Domingo en nada puso durante su vida tanto entusiasmo como en alabar a la Santísima Virgen, predicar sus grandezas y animar a todos a honrarla por medio del Rosario. Esta poderosa Reina del cielo a su vez no cesó de derramar sobre Santo Domingo bendiciones a manos llenas; coronó sus trabajos con mil prodigios y milagros, nada pidió éste a Dios que no obtuviera por intercesión de la Santísima Virgen y para colmo de favores Ella le sacó victorioso de la herejía de los albigenses y le hizo padre y patriarca de una gran Orden. ¿Qué diría yo del Beato Alano de la Roche, reparador de esta devoción? La Santísima Virgen le honró varias veces con su visita para instruirle sobre los medios de conseguir su salvación, hacerse buen sacerdote, perfecto religioso e imitador de Jesucristo. Durante las tentaciones y persecuciones horribles de los demonios que le reducían a una extremada tristeza y casi a la desesperación, le consolaba y disipaba con su dulce presencia todas estas nubes y tinieblas. Ella le enseñó el modo de rezar el Rosario, sus excelencias y sus fru-

tos, le favoreció con la gloriosa cualidad de nuevo esposo y como arras de sus castos amores le puso un anillo en el dedo y un collar hecho con su pelo al cuello, dándole también un Rosario. El Abad Tritemio, el docto Cartagena y el sabio Martín Navarro y otros hablan de él con elogio. Después de haber llegado la cofradía del Rosario a reunir más de 100.000 almas, murió en Zunolle, Flandes, el 8 de septiembre del año 1475.

Envidioso el demonio de los grandes frutos que el Beato Tomás de San Juan, célebre predicador del Santo Rosario, conseguía que esta práctica le redujo, por medio de duros tratos a estado de una larga y penosa enfermedad, en la que fue desahuciado de los médicos. Una noche en que él se creía infaliblemente a punto de morir se le apareció el demonio en espantosa figura; pero elevando él devotamente los ojos y el corazón hacia una imagen de la Santísima Virgen que había cerca de su cama, gritó con todas sus fuerzas: «¡Ayudadme, socorredme dulcísima Madre mía!» Apenas hubo acabado estas palabras, la imagen le tendió la mano y le apretó el brazo, diciéndole: «No temas Tomás, hijo mío, yo te auxilio; levántate y continúa predicando la devoción de mi Rosario como habías empezado. Yo te defenderé contra todos tus enemigos». A éstas palabras de la Santísima Virgen huyó el demonio.

La Santísima Virgen no favorece solamente a los predicadores del Rosario, también recompensa gloriosamente a aquellos que, por su ejemplo, atraen a otros a esta devoción.

A Alfonso (1), rey de León y Galicia, deseando que todos sus criados honrasen a la Santísima Virgen con el San-

(1) Alfonso IX, sin duda, aunque no hay memoria, que sepamos de este caso, en documentos españoles.

to Rosario, le ocurrió para animarles con su ejemplo, llevar ostensiblemente un gran Rosario aunque sin rezarlo, lo que bastó a obligar a todos sus cortesanos a que rezaran devotamente. El rey cayó gravemente enfermo y cuando le creían muerto fue transportado en espíritu al tribunal de Jesucristo, vio allí a los demonios que le acusaban de todos los crímenes que había cometido y cuando iba a condenársele a las penas eternas, se presentó a su favor la Santísima Virgen delante de su divino Hijo; se trajo entonces una balanza, se colocaron todos los pecados del rey en un platillo y la Santísima Virgen colocó en el otro el gran Rosario que él había llevado en su honor juntamente con los que gracias a su ejemplo habían rezado otras personas que pesaban más que todos sus pecados. Y después, mirándole con ojos compasivos, le dijo: «He obtenido de mi Hijo, como recompensa del pequeño servicio que me hiciste llevando el Rosario, la prolongación de tu vida por algunos años. Empléallos bien y haz penitencia». El rey vuelto en sí de este éxtasis, exclamó: «¡Oh! bendito Rosario de la Santísima Virgen, por el que fui librado de la condenación eterna». Después que recobró la salud pasó el resto de su vida con gran devoción el Santo Rosario y lo rezó todos los días.

Que los devotos de la Santísima Virgen procuren ganar cuantos fieles puedan para la cofradía del Santo Rosario, a ejemplo de estos Santos y de este rey; conseguirán en la tierra la protección de Nuestra Señora y luego la vida eterna. *Qui elucidant me vitam aeternam habebunt*: «Los que me den a conocer tendrán la vida eterna» (1).

* *

(1) Eccli, 24, 31.

LOS ENEMIGOS DEL ROSARIO

Pero, veamos ahora qué injusticia es impedir los progresos de la cofradía del Santo Rosario y cuáles son los castigos de Dios para los desgraciados que la han despreciado y quisieron destruirla.

Como la devoción del Santo Rosario ha sido autorizada por el cielo con varios prodigios y aprovada por la Iglesia en varias bulas de los Papas, sólo los libertinos, impíos y espíritus fuertes de estos tiempos se atreven a difamar la cofradía del Santo Rosario o alejar de ella a los fieles. En verdad que sus lenguas están infectadas con el veneno del infierno y que son movidas por el espíritu maligno; porque nadie puede desaprobare la devoción del Santo Rosario sin condenar lo más piadoso que hay en la Religión Cristiana, a saber: la Oración dominical, la Salutación angélica, los misterios de la vida, muerte y gloria de Jesucristo y de su Santísima Madre.

Estos espíritus fuertes, que no pueden sufrir que se reze el Rosario, caen con frecuencia, inconscientemente en el sentido, reprobado, de los herejes que tienen horror al Rosario.

Aborrecer las cofradías es alejarse de Dios y de la piedad, puesto que Jesucristo nos asegura que se encuentra en medio de los que se reúnen en su nombre. No es ser buen católico despreciar tantas y tan grandes indulgencias como la Iglesia concede a las cofradías. Disuadir a los fieles de que pertenezcan a la del Santo Rosario es ser enemigo de la salvación de las almas que por este medio dejan el partido del pecado para abrazar la piedad. Sí, San Buenaventura dijo con razón en su salterio que morirá en pecado y se condenará quien haya despreciado a la Santí-

sima Virgen: «*Qui negligere illam morietur in peccatis*». ¡Qué castigos aguardan a los que apartan a otros de las devociones a Nuestra Señora!

* *

Décima Rosa

MILAGROS OBTENIDOS POR EL ROSARIO

En ocasión en que Santo Domingo predicaba esta devoción en Carcassona, un hereje se dedicó a poner en ridículo los milagros y los quince misterios del Santo Rosario, lo que impedía la conversión de los herejes. Dios permitió, para castigar a este impío que 15.000 demonios entrasen en su cuerpo; sus parientes le llevaron al bienaventurado Padre (Santo Domingo) para librarle de los espíritus malignos. Aquel se puso en oración y exhortó a todos los presentes a rezar con él el Rosario en alta voz y he ahí que a cada Ave María la Santísima Virgen hacía salir cien demonios del cuerpo de este hereje en forma de carbones encendidos. Después que fue curado, abjuró de todos sus errores, se convirtió e inscribió en la cofradía del Rosario, con otros muchos compañeros arrepentidos con este castigo y con la virtud del Rosario.

El docto Cartagena, de la Orden de San Francisco y otros varios autores refieren que el año 1482 cuando el venerable Padre Diego Sprenger y sus religiosos trabajaban con gran celo para restablecer la devoción y la cofradía del Santo Rosario en la ciudad de Colonia, dos famosos predicadores, envidiosos de los grandes frutos que los primeros obtenían con esta práctica, trataron de desacreditarla en sus sermones y como tenían talento y predica-

mento grandes, disuadieron a muchas personas a inscribirse. Uno de estos predicadores para mejor conseguir su pernicioso intento, preparó expresamente un sermón en domingo. Llegó la hora y el predicador no aparecía: se le esperó, buscó y al fin se le encontró muerto, sin haber sido auxiliado por nadie. Persuadido el otro predicador de que este accidente era natural, resolvió suplirle para abolir la cofradía del Rosario. El día y hora del sermón llegaron y Dios castigó al predicador con una parálisis que le quitó el movimiento y la palabra. Entonces reconoció su falta y la de su compañero, recurrió con el corazón a la Santísima Virgen, prometiéndole predicar por todas partes el Rosario con tanto brío como le había combatido y rogándole que le devolviese para esto la salud y la palabra, lo alcanzó de la Santísima Virgen, y encontrándose súbitamente curado, se levantó como otro Saulo cambiado de perseguidor en defensor del Santo Rosario. Hizo pública reparación de su falta y predicó con mucho celo y elocuencia las excelencias del Santo Rosario.

No dudo que los espíritus fuertes y críticos de nuestros días, que lean las historias de este folleto, las pondrán en duda, como han hecho siempre, aunque yo no hice sino transcribirlas de muy buenos autores contemporáneos y en parte de un libro compuesto recientemente por el R. P. Antonio Thomas de la Orden de Hermanos Predicadores, titulado *El Rosal místico*. Todo el mundo sabe que hay tres clases de fe para las diferentes historias profanas que no repugnan a la razón y están escritas por buenos autores, una fe humana; a las historias piadosas referidas por buenos autores y en modo alguno contrarias a la razón, a la fe y a las buenas costumbres, aunque a veces sean extraordinarias, una fe piadosa. Reconozco que no hay que ser ni muy crédulo, ni muy crítico y que debemos quedarnos siempre en el medio para encontrar el punto de

verdad y de la virtud; pero también sé que así como la caridad cree fácilmente todo aquello que no es contrario a la fe, ni a las buenas costumbres: *Charitas omnia credit*, del mismo modo el orgullo conduce a negar casi todas las historias bien justificadas, con el pretexto de que no están en la Sagrada Escritura.

Es el lazo de Satanás, en que han caído los herejes que niegan la tradición y donde los críticos de hoy caen insensiblemente, no creyendo porque no comprenden, o cuando no les agrada, sin otra razón que el orgullo y su propia suficiencia.

SEGUNDA DECENA

Excelencia del Santo Rosario por las oraciones de que está compuesto

Undécima Rosa

EXCELENCIA DEL CREDO

El Credo o Símbolo de los Apóstoles, que se reza sobre la cruz del Rosario, por ser un santo resumen y compendio de las verdades cristianas, es una oración de gran mérito, porque la fe es la base, el fundamento y el principio de todas las virtudes cristianas, de todas las virtudes eternas y de todas las oraciones agradables a Dios. *Accedentem ad Deum credece oportet*. Quien se acerca a Dios ha de empezar por crecer y cuanto mayor sea su fe, tanta más

(1) Heb. 11, 6. Credere enim oportet accedentem ad Deum quia est.

fuerza y mérito en sí misma tendrá la oración y tanto más gloria dará a Dios.

No me detendré a explicar las palabras del Símbolo de los Apóstoles, pero no puedo menos de aclarar estas tres primeras palabras: *Credo in unum Deum*: «Creo en Dios» que encierran los actos de las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad tienen maravillosa eficacia para santificar el alma y abatir los demonios. Con estas palabras han vencido muchos santos las tentaciones, principalmente las que iban contra la fe, esperanza y caridad, durante su vida o en la hora de la muerte. Estas fueron las últimas palabras que San Pedro mártir, escribió con el dedo sobre la arena lo mejor que pudo, cuando teniendo rota la cabeza por un sablazo, que le dio un hereje, estaba a punto de espirar.

Como la fe es la única llave para entrar en todos los misterios de Jesús y María encerrados en el Santo Rosario, conviene empezarle rezando el Credo con muy devota atención y cuanto mayor y más viva sea nuestra fe, tanto más meritorio será el Rosario. Es preciso que la fe sea viva y animada por la caridad: es decir, que para rezar bien el Rosario es necesario estar en gracia de Dios o en busca de esta gracia; es necesario que la fe sea fuerte y constante; es decir, que no hay que buscar en la práctica del Santo Rosario solamente el gusto sensible y el consuelo espiritual, o lo que es lo mismo, que no hay que dejarlo porque se tenga una enormidad de distracciones involuntarias en el espíritu, un inexplicable tedio en el alma, un pesado fastidio y un sopor casi continuo en el cuerpo. No son precisos gusto, ni consuelo, ni suspiros, fervor y lágrimas, ni aplicación continua de la imaginación para rezar bien el Rosario. Bastan la fe pura y la buena intención. *Sola fides sufficit*.

* *

EXCELENCIA DEL PADRE NUESTRO

El Padre Nuestro u oración dominical tiene la primera excelencia en su autor, que no es hombre ni ángel, sino el Rey de los ángeles y de los hombres, Jesucristo. Convenía, dice San Cipriano que aquel que venía a darnos la vida de la gracia, como Salvador, nos enseñe el modo de orar, como celestial Maestro. La sabiduría de este divino Maestro se manifiesta bien en el orden, la dulzura, la fuerza y la claridad de esta oración divina; es corta, pero rica en enseñanzas, inteligible para la gente sencilla y llena de misterios para los sabios. El Padre Nuestro encierra todos los deberes que tenemos para con Dios, los actos de todas las virtudes y la súplica de todos nuestros bienes espirituales y corporales. Contiene, dice Tertuliano, el compendio del Evangelio. Aventaja, dice Tomás Kempís, a todos los deseos de los santos, contiene en compendio todas las dulces sentencias de los salmos y de los cánticos; pide cuanto necesitamos, alaba a Dios de un modo excelente, eleva el alma de la tierra al cielo y la une estrechamente con Dios. San Crisóstomo dice de quien no ora como el divino Maestro ha orado y enseñado a orar, no es su discípulo y Dios Padre no escucha con tanto agrado las oraciones que compuso el espíritu humano, sino las de su hijo, que él nos ha enseñado.

Debemos rezar la oración dominical, con la certeza de que el Eterno Padre la oirá favorablemente, puesto que es la oración de su hijo, al que siempre atiende, y nosotros miembros de Cristo. ¿Cómo ha de negarse tan buen Padre a una súplica tan bien fundada y apoyada en los méritos e intercesión de tan digno Hijo? San Agustín asegura que el Padre Nuestro bien rezado quita los pecados

veniales. El justo cae siete veces cada día. La Oración dominical contiene siete peticiones por las cuales se pueden remediar estas caídas y fortificarnos contra los enemigos. Es oración corta y fácil para que, como somos frágiles y estamos sujetos a muchas miserias, recibamos rápido auxilio, rezándola frecuente y devotamente.

Salid de vuestro error almas devotas, que despreciáis la oración, que el mismo Hijo de Dios ha compuesto y ordenado para todos los fieles; vosotros, que sólo estimáis las oraciones compuestas por los hombres, como si el hombre, aun el más esclarecido, supiese mejor que Jesucristo cómo debemos orar. Buscáis en los libros de los hombres el modo de alabar y orar a Dios, como si os avergonzáseis del que su Hijo nos ha prescrito. Os persuadís de que las oraciones que están en los libros son para los sabios y para los ricos y que el Rosario es sólo para las mujeres, para los niños, para el pueblo, como si las alabanzas y oraciones que leéis fueran más hermosas y agradables a Dios que las contenidas en la Oración dominical. Es peligrosa tentación sentir hastío de la oración que Jesucristo nos había recomendado para aficionarse a las oraciones compuestas por los hombres. No desaprobamos las compuestas por los santos para excitar a los fieles a alabar a Dios, pero no podemos sufrir que las prefieran a la Oración que salió de la boca de la Sabiduría encarnada y que dejen el manantial para correr tras los arroyos y que desdenen el agua clara para beber la turbia. Porque al fin el Rosario, compuesto de la Oración dominical y de la Salutación angélica es esa agua clara y perpetua que brota del manantial de la gracia, mientras las otras oraciones, que hallamos en los libros, no son sino pequeños arroyos que se derivan de ella.

Podemos llamar dichoso a quien rezando la Oración del

Señor, pese atentamente cada palabra; ahí encuentra cuanto necesita y cuanto pueda desear.

Cuando rezamos esta admirable Oración, cautivamos desde el primer momento el corazón de Dios, al invocarle con el dulce nombre de Padre: *Padre Nuestro*, el más tierno de todos los Padres, todopoderoso en la creación, admirabilísimo en la conversación del universo, amabilísimo en su Providencia, buenísimo e infinitamente bueno en la Redención. Dios es nuestro Padre, nosotros somos hermanos, el cielo es nuestra patria y nuestra herencia. ¿No nos inspirará esto al mismo tiempo, el amor a Dios, el amor al prójimo y el desprendimiento de todo lo terreno? Amemos, pues a un Padre como ese, y digámosle mil y mil veces: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Vos que llenáis el cielo y la tierra por la inmensidad de vuestra esencia, que estáis presente en todas partes; Vos que estáis en los santos por vuestra gloria, en los condenados por vuestra justicia, en los justos por vuestra paciencia que los sufre, haced que recordemos siempre vuestro origen celestial, que vivamos como verdaderos hijos vuestros, que tengamos siempre hacia Vos solamente con todo el ardor de nuestros deseos.

Santificado sea el tu nombre. El nombre del Señor es santo y temible, dice el profeta-rey, y en el cielo, según Isaías, resuenan las alabanzas con que los serafines aclaman sin cesar la santidad del Señor Dios de los ejércitos. Deseamos que toda la tierra conozca y adore los atributos de este Dios tan grande y tan santo: que sea conocido, amado y adorado de los paganos, de los turcos, judíos, de los bárbaros y todos los infieles; que todos los hombres le sirvan y glorifiquen con fe viva, firme esperanza y ardiente caridad y por la renuncia de todos los errores; en una palabra, que todos los hombres sean santos porque El lo es también.

Venga a nos el tu reino. Es decir, que reinéis en nuestras almas por vuestra gracia, durante la vida, a fin de que merezcamos después de nuestra muerte reinar con Vos en vuestro reino, que es la soberana y eterna felicidad que creemos, esperamos y deseamos, esa felicidad que nos está prometida por la bondad del Padre, que nos fue adquirida por los méritos del Hijo y que nos es revelada por las luces del Espíritu Santo.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Sin duda que nada puede sustraerse a las disposiciones de la divina Providencia, que tiene todo previsto y arreglado antes del suceso, ningún obstáculo es capaz de impedirle el fin que se ha propuesto, y cuando pedimos a Dios que se haga su voluntad, no es que temamos, dice Tertuliano, que alguno se oponga eficazmente a la ejecución de sus designios, sino que aceptamos humildemente cuanto le plugo ordenar respecto a nosotros; que cumplimos siempre y en todas las cosas su santa voluntad, manifiesta en sus mandamientos, con tanta prontitud, amor y constancia, como los ángeles y bienaventurados le obedecen en el cielo.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Jesucristo nos enseña a pedir a Dios cuanto necesitamos para la vida del cuerpo y la del alma. Por estas palabras de la Oración dominical confesamos humildemente nuestra miseria y rendimos homenaje a la Providencia, declarando que creemos y queremos obtener de su bondad todos los bienes temporales. Bajo el nombre de pan pedimos lo que es indispensable para la vida, excluyendo lo superfluo. Este *pan* lo pedimos hoy, es decir, que limitamos al día nuestras solicitudes, confiando a la Providencia el mañana. Pedimos el pan de *cada día*, confesando así nuestras necesidades siempre en aumento y mostrando la continua dependencia en que estamos de la protección y socorro de Dios.

Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Nuestros pecados, dice San Agustín y Tertuliano, son deudas que contraemos con Dios y su justicia exige el pago hasta el último céntimo. Por tanto tenemos todas esas tristes deudas. A pesar del número de nuestras iniquidades, acerquémonos a El confiadamente y digámosle con verdadero arrepentimiento: Padre nuestro que estás en los cielos, perdónanos los pecados de nuestro corazón y de nuestra boca, los pecados de acción y de omisión que nos hacen infinitamente culpables a los ojos de vuestra justicia; porque como hijos de un padre clemente y misericordioso perdonamos por obediencia y por caridad a nuestros ofensores. Y no permitáis, que por infidelidad a vuestras gracias, *sucumbamos a las tentaciones* del mundo, del demonio y de la carne. *Mas libranos del mal*, que es el pecado, del mal de la pena temporal y de la pena eterna que merecimos.

Así sea. Palabra de gran consuelo que es, dice San Jerónimo, como el sello que Dios pone al fin de nuestras súplicas para asegurarnos de que nos ha escuchado, como si El mismo nos respondiese: Amén!!! Sea como pedís, ciertamente lo habéis conseguido, pues tal es el significado de esta palabra: Amén.

* *

Décima tercera Rosa

EXCELENCIA DEL PADRE NUESTRO

(Continuación)

Honramos las perfecciones de Dios en cada palabra que decimos de la Oración dominical. Honramos su fecundi-

dad con el nombre de Padre. Padre, que tenéis desde la eternidad un Hijo que es Dios como Vos mismo, eterno, consubstancial, que es una misma esencia, una misma potencia, una misma bondad, una misma sabiduría con Vos, Padre e Hijo que amándoos producís al Espíritu Santo que es Dios, tres personas adorables que son un sólo Dios.

¡Padre Nuestro! Es decir, Padre de los hombres por la creación, por la conservación y por la redención. Padre misericordioso de los pecadores. Padre amigo de los justos, Padre magnífico de los bienaventurados.

Que estás. Por esta palabra admiramos la inmensidad, la magnitud y la plenitud de la esencia de Dios que se llama verdad, El que es: es decir, que existe esencialmente, necesariamente y eternamente, que es el Ser de los seres, la causa de todos los seres; que está en todos por su esencia, presencia y potencia, sin estar encerrado en ellos. Honramos su sublimidad, su gloria y majestad en estas palabras: *Que estás en los cielos*, es decir, sentado como en vuestro trono, ejerciendo vuestra justicia sobre todos los hombres.

Adoramos su santidad deseando que *su nombre sea santificado*. Reconocemos su soberanía y la justicia de sus leyes ansiando la *llegada de su reino* y que le obedezcan los hombres en la tierra como lo hacen los ángeles en el Cielo. Creemos en su Providencia rogándole que nos dé *el pan nuestro de cada día*. Invocamos su clemencia pidiéndole *el perdón de nuestros pecados*. Reconocemos su poder al rogarle que *no nos deje caer en la tentación*. Nos confiamos a su bondad esperando que *nos libraré de mal*. El Hijo de Dios glorificó siempre a su Padre por sus obras ha venido al mundo para que le glorifiquen los hombres y les enseñó la manera de honrarle con esta oración que El mismo se dignó dictarles. Debemos, pues, rezarla con

frecuencia, con atención y con el mismo espíritu que El la ha compuesto.

* *

Décima cuarta Rosa

EXCELENCIA DEL PADRE NUESTRO

(Continuación)

Cuando rezamos atentamente esta divina oración, hacemos tantos actos de las más elevadas virtudes cristianas, cuantas palabras pronunciamos diciendo: *Padre Nuestro, que estás en los cielos*, hacemos actos de fe, adoración y humildad; y deseando que *su nombre sea santificado* y glorificado aparece en nosotros un celo ardiente por su gloria.

Pidiéndole la posesión de su reino practicamos la esperanza. Deseando que se cumpla su voluntad en la tierra como en el cielo, mostramos espíritu de perfecta obediencia. Al pedirle el pan nuestro de cada día, practicamos la pobreza de espíritu y el desasimiento de los bienes de la tierra. Rogándole que nos perdone nuestros pecados hacemos un acto de arrepentimiento. Y perdonando a los que nos ofendieron ejercitamos la misericordia en su más alta perfección. Pidiéndole socorro en las tentaciones, hacemos actos de humildad, de prudencia y fortaleza. Esperando que nos libre del mal, practicamos la paciencia. En fin, pidiéndole todas estas cosas no solamente para nosotros, sino para nuestros prójimos y para todos los fieles de la Iglesia, hacemos oficio de verdaderos hijos de Dios, le imitamos en la caridad, que alcanza a todos los hombres y cumplimos el mandamiento de amar al prójimo.

Detestamos todos los pecados y observamos todos los mandamientos de Dios, cuando al rezar esta oración siente nuestro corazón de acuerdo con la lengua y no tengamos ninguna intención contraria al sentido de estas divinas palabras. Pues cuando reflexionamos que Dios está en el cielo; es decir, infinitamente elevado sobre nosotros, por la grandeza de su majestad entramos en los sentimientos del más profundo respeto en su presencia; y sobrecogidos de temor huimos del orgullo, abatiéndonos hasta el anonadamiento. Al pronunciar el nombre del Padre recordamos que debemos la existencia a Dios, por medio de nuestros padres y del mismo modo nuestra instrucción por medio de los maestros, que representan aquí, para nosotros, a Dios, de quien son vivas imágenes; y nos sentimos obligados a honrarles o por mejor decir de honrar a Dios en sus personas y nos guardamos muy bien de despreciarlos y afligirlos.

Cuando deseamos que el santo nombre de Dios sea glorificado, estamos muy lejos de profanarlo. Cuando miramos el reino de Dios, como nuestra herencia, renunciamos en absoluto a los bienes de este mundo; cuando sinceramente rogamus para nuestro prójimo los bienes que deseamos para nosotros mismos, renunciamos al odio, a la disensión y a la envidia. Pidiendo a Dios nuestro pan de cada día detestamos la gula y la voluptuosidad que se nutren de la abundancia. Rogando a Dios verdaderamente que nos perdone como nosotros perdonamos a nuestros deudores, reprimimos nuestra cólera y nuestra venganza, devolvemos bien por mal y amamos a nuestros enemigos. Pidiendo a Dios que no nos deje caer en el pecado al momento de la tentación, demostramos huir de la pereza y que buscamos los medios de combatir los vicios y buscar nuestra salvación. Rogando a Dios que nos libre de mal, tenemos su justicia y somos felices porque el te-

mor de Dios es el principio de la sabiduría. Por el temor de Dios evita el hombre el pecado.

* *

Décima quinta Rosa

EXCELENCIA DEL AVE MARIA

La salutación angélica es tan sublime, tan elevada, que el Beato Alano de la Roche ha creído que ninguna criatura puede comprenderla y que sólo Jesucristo, Hijo de la Santísima Virgen, puede explicarla. Tiene origen su principal excelencia en la Santísima Virgen, a quien se dirigió, de su fin que fue la Encarnación del Verbo para la cual se trajo del cielo y del arcángel San Gabriel que la pronunció el primero.

La salutación resume en la síntesis más concisa toda la teología cristiana sobre la Santísima Virgen. Se encuentra en ella, una alabanza y una invocación. Encierra la alabanza, cuanto forma la verdadera grandeza de María; la invocación comprende todo lo que debemos pedirle y lo que, de su bondad podemos alcanzar. La Santísima Trinidad ha revelado la primera parte; Santa Isabel, iluminada por el Espíritu Santo añadió la segunda; y la Iglesia en el primer Concilio de Efeso, en 430 (1), ha puesto la

(1) Dando por cierta una conjetura de S. Pedro Canisio, había llegado a ser opinión corriente en tiempo del B. Montfort y todavía la sostienen no pocos, que la segunda parte del Ave María se añadió en el Concilio de Efeso. Mejor estudiada hoy la cuestión puede decirse que sustancialmente la fórmula «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros» es todavía más antigua, como se ve en las liturgias siríaca, copta y etíope y en las letanías de la romana: pero como adición a la salutación angélica no consta que se usaran estas palabras hasta mucho después, y sólo desde el siglo XVI se han aceptado constantemente. (V. *Cartas Crítico-literarias sobre el Ave María*, por el M.I. Sr. Dr. D. Juan Ayneto, canónigo de Lérida. C. VI).

conclusión, después de condenar el error de Nestorio y de definir que la Santísima Virgen es verdaderamente Madre de Dios. El Concilio ordenó que se invocase a la Santísima Virgen bajo esta gloriosa cualidad expresada por estas palabras: *Santa María, madre de Dios, rogad por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.*

La Santísima Virgen María fue aquella a quien se hizo esta divina salutación para terminar el asunto más grande e importante del mundo, la Encarnación del Verbo Eterno, la paz entre Dios y los hombres y la redención del género humano. Embajador de tan dichosa nueva fue el arcángel Gabriel, uno de los primeros príncipes de la corte celestial. La Salutación angélica contiene la fe y la esperanza de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles; es la constancia y la fuerza de los mártires, la ciencia de los doctores, la perseverancia de los confesores y la vida de los religiosos (B. Alano). Es el cántico nuevo de la ley de gracia, la alegría de los ángeles y de los hombres, el terror y la confusión de los demonios.

Por la Salutación angélica, Dios se hizo hombre y la Virgen Madre de Dios, las almas de los justos salieron del limbo, las ruinas del cielo se repararon y los tronos vacíos se ocuparon de nuevo, se perdonó el pecado, se nos dio la gracia, curáronse las enfermedades, resucitaron los muertos, se llamó a los desterrados, se aplacó la Santísima Trinidad y obtuvieron los hombres la vida eterna. En fin, la Salutación angélica es el arco iris, el emblema de la clemencia y de la gracia que Dios ha hecho al mundo. (B. Alano).

* *

BELLEZAS DE LA SALUTACION ANGELICA

Aun cuando no hay nada tan grande como la Majestad Divina, ni nada tan abyecto como el hombre, considerado como pecador; sin embargo, esta Majestad Suprema, no desdeña nuestros homenajes; se complace cuando cantamos sus alabanzas. Y la salutación del ángel es uno de los cánticos más hermosos que podemos dirigir a la gloria del Altísimo. *Canticum novum cantabo tibi* (1): «Entonaré un cántico nuevo». Este cántico nuevo que David predijo se cantaría a la venida del Mesías, es la salutación del Arcángel. Hay un cántico antiguo y un cántico nuevo. El antiguo es el que cantaron los israelitas en reconocimiento de la creación, de la conservación, libertad de su esclavitud, paso del mar Rojo, del maná y de todos los demás favores del cielo. El cántico nuevo es el que cantan los cristianos en acción de gracias de la Encarnación y de la Redención. Como éstos prodigios se realizaron por la salutación para agradecer a la Santísima Trinidad estos beneficios inestimables: Alabamos a Dios Padre, porque tanto amó al mundo que llegó a darle su único Hijo para salvarle. Bendecimos al Hijo, porque descendió del cielo a la tierra, porque se hizo hombre y porque nos ha redimido. Glorificamos al Espíritu Santo porque ha formado el cuerpo purísimo de Jesús, que fue la víctima de nuestros pecados. Con este espíritu de agradecimiento debemos rezar la salutación angélica acompañándola de actos de fe, esperanza, amor y acciones de gracias por el beneficio de nuestra salvación. Aunque este cántico nuevo se dirige directamente a la Madre de Dios y encierra sus elo-

(1) S. 143, 9.

gios, es, no obstante muy glorioso para la Santísima Trinidad, porque todo el honor que rendimos a la Santísima Virgen vuelve a Dios, causa de todas sus perfecciones y virtudes. Dios Padre es glorificado porque honramos la más perfecta de sus criaturas. El Hijo es glorificado, porque alabamos a su purísima Madre. El Espíritu Santo es glorificado, porque admiramos las gracias de que fue colmada su Esposa.

Del mismo modo que la Santísima Virgen por su hermoso *Magnificat* dedica a Dios las alabanzas y bendiciones que le tributa Santa Isabel por su eminente dignidad de Madre del Señor, envía también inmediatamente a Dios los elogios y bendiciones que le hacemos por la salutación angélica.

Si la salutación angélica da gloria a la Santísima Trinidad, es también la más perfecta alabanza que podemos dirigir a María.

Santa Matilde, deseando saber por qué medio podría testimoniar mejor la ternura de su devoción a la Madre de Dios, fue arrebatada en espíritu; y se le apareció la Santísima Virgen, llevando sobre sí la Salutación angélica escrita en letras de oro, y le dijo: «Sabe, hija mía, que nadie puede honrarme con una salutación más agradable, que la que me ofreció la Beatísima Trinidad y por la cual me elevó a la dignidad de Madre de Dios. Por la palabra Ave, que es el nombre de Eva supe que Dios, con su omnipotencia me había preservado de todo pecado y de las miserias a que estuvo sujeta la primera mujer. El nombre de María, que significa, Señora de luz, indica que Dios me llenó de sabiduría y de luz, como astro brillante, para iluminar el cielo y la tierra. Estas palabras: «llena de gracia» expresan que el Espíritu Santo me colmó de tantas gracias, que puedo comunicarlas con abundancia a quienes las piden por mediación mía. Diciendo «el Señor es

contigo» se me recuerda el gozo inefable que sentí en la Encarnación del Verbo divino. Cuando se me dice: «bendita tú eres entre todas las mujeres» alabo a la divina misericordia que me elevó a tan alto grado de felicidad. A estas palabras: «bendito es el fruto de tu vientre Jesús» todo el cielo se regocija de ver a Jesús, hijo mío adorado y glorificado por haber salvado a los hombres».

* *

Décima séptima Rosa

FRUTOS MARAVILLOSOS DEL «AVE MARIA»

Entre las cosas admirables que la Santísima Virgen reveló al Beato Alano de la Roche (y sabemos que este gran devoto de María confirmó con juramento sus revelaciones), hay tres más notables: la primera que es señal probable e inmediata de eterna reprobación tener negligencia, tedio y aversión a la Salutación angélica, que ha reparado al mundo; la segunda, que los que sienten devoción a esta salutación divina, tienen grandes probabilidades de predestinación; la tercera, que los que han recibido del cielo el favor de amar a la Santísima Virgen y servirla por afecto, deben cuidar, con el mayor esmero de continuar amándola y sirviéndola hasta que Ella los coloque en el cielo, por mediación de su Hijo en el Grado de gloria conveniente a sus méritos (Alanus. Cap. XI, página 2).

Todos los herejes, que son hijos del diablo, y que llevan las señales evidentes de la reprobación, tienen horror al *Ave María*; aprenden el *Padre nuestro*, pero no el *Ave María* y preferirían llevar sobre sí una serpiente antes que un Rosario.

Entre los católicos, los que llevan el signo de la reprobación no se cuidan apenas del Rosario, son negligentes en rezarlo o lo rezan con fastidio y precipitadamente. Aunque yo no añadiera piadoso crédito a lo revelado al B. Alano de la Roche, mi experiencia me basta para estar persuadido de esta terrible y dulce verdad. Yo no sé, ni veo con evidencia como es, que una devoción aparentemente tan pequeña puede ser señal infalible de eterna salvación y su defecto signo de reprobación; y no obstante nada más cierto. Nosotros mismos vemos que las personas de las doctrinas nuevas de nuestros días condenadas por la Iglesia (1), a pesar de su piedad aparente, descuidan la devoción del Rosario y con frecuencia le separan del corazón de quienes les rodean, con los pretextos más hermosos del mundo. Se guardan muy bien de condenar abiertamente el Rosario y el escapulario, como hicieron los calvinistas; pero su manera de conducirse es tanto más perniciosa cuanto más sutil. Hablaremos de ello a continuación.

Mi Ave María, mi Rosario o mi corona, es mi oración y mi muy segura piedra de toque para distinguir los que van dirigidos por el espíritu de Dios de los que están bajo la ilusión del espíritu maligno. He conocido almas que parecían volar, como las águilas, hasta las nubes, por su sublime contemplación y que no obstante, eran desdichadamente engañadas por el demonio, y sólo pude descubrir sus ilusiones al verlas rechazar el *Ave María* como algo que resultaba poco para ellas.

El *Ave María* es un rocío celeste y divino que, al caer en el alma de un predestinado le comunica admirable poder para producir toda clase de virtudes; y cuanto el alma está más regada por esta oración, más se elimina su espí-

(1) Los jansenistas.

ritu, más se abrasa su corazón y fortifica contra sus enemigos.

El *Ave María* es un dardo penetrante e inflamado, que, unido por un predicador a la palabra de Dios que anuncia, le da fuerza para atravesar, y convertir los corazones más duros, aun cuando no tenga el orador extraordinario talento natural para la predicación. Esta fue la secreta arma que, como dejo dicho, enseñó la Santísima Virgen a Santo Domingo y al Beato Alano para convertir a los herejes y a los pecadores.

Este es el origen de la práctica de los predicadores de rezar un *Ave María* al principio de sus predicaciones, según asegura San Antonino.

* *

Décima octava Rosa

BENDICIONES DEL «AVE MARIA»

Esta divina Salutación atrae sobre nosotros la bendición abundante de Jesús y María recompensan magnánimamente a quienes les glorifican: devuelven centuplicadas las bendiciones que reciben: *Ego diligentes me diligo... ut ditem diligentes me et thesauros eorum repleam* (Prov. VIII). «Amo a los que me aman... enriquezco a aquellos que me aman y colmo sus tesoros». Es lo que claman claramente Jesús y María: «Amamos a quienes nos aman, los enriquecemos y colmamos sus tesoros». *Qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet* (Cor., IX, 6). «Los que siembran bendiciones, recogerán bendiciones». Ahora bien, no es amar, bendecir y glorificar a Jesús y María, rezar debidamente la Salutación angélica. En cada *Ave María* se dirán dos bendiciones a Je-

sús y María. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Por cada *Ave María* rendís a María el mismo honor que Dios le hizo, saludándola con el arcángel Gabriel. ¿Quién podrá creer que Jesús y María que, con frecuencia hacen bien aun a aquellos que los maldicen, lancen maldición contra quienes les honran y bendicen con el *Ave María*?

La Reina de los cielos, dicen San Bernardo y San Buenaventura, no es menos agradecida y cortés que las personas de más alta condición del mundo; les aventaja en tal virtud como en todas las demás perfecciones y no dejará que la honremos respetuosamente, sin darnos el ciento por uno. María dice S. Buenaventura nos saluda con la gracia, si la saludamos con el *Ave María*: *Ipsa salutabit nos cum gratia si salutaverimus eam cum Ave María*.

¿Quién podrá comprender las gracias y bendiciones que operan en nosotros el saludo y las miradas benignas de la Santísima Virgen?

Desde el momento en que oyó Santa Isabel el saludo que le hacía la Madre de Dios, fue llena del Espíritu Santo y su niño saltaba de gozo. Si nos hacemos dignos del saludo y bendición recíprocas de la Santísima Virgen, seremos sin duda llenos de gracia y un torrente de consuelos espirituales inundará nuestras almas.

* *

Décima nona Rosa

FELIZ PERMUTA

Está escrito «Dad y se os dará». Tomemos la comparación del B. Alano: «¿Si yo os diese cada día ciento cincuenta diamantes, aun cuando fueréis mi enemigo, no me

perdonaríais? ¿No me otorgaríais como al amigo todas las gracias posibles? ¿Queréis enriqueceros con bienes de gracia y de gloria? Saludad a la Santísima Virgen, honrad a vuestra bondadosa Madre».

Sicut qui thesaurizat, ita et qui honorificat matrem. (Ecli. III, 5). El que honra a su Madre, la Santísima Virgen, es semejante a un hombre que adquiere su tesoro.

Presentadle, al menos, cincuenta *Ave Marías*, diariamente, cada una de las cuales contiene quince piedras preciosas, que le son más agradables que todas las riquezas de la tierra. ¿Qué no podréis esperar de su liberalidad? Ella es nuestra Madre y nuestra amiga. Es la Emperatriz del Universo, que nos ama más que todas las madres y reinas reunidas amaron a hombre alguno, porque, como dice San Agustín, la caridad de la Virgen María excede a todo el amor natural de todos los hombres y de todos los ángeles.

Nuestro Señor se apareció un día a Santa Gertrudis contando monedas de oro; ella tuvo curiosidad de preguntarle lo que contaba. «Cuento, respondió Jesucristo, tus *Ave Marías*, es la moneda con que se compra mi paraíso».

El devoto y docto Suárez, de la Compañía de Jesús estimaba de tal modo la Salutación angélica, que decía que con gusto daría toda su ciencia por el precio de un *Ave María* bien dicha.

«El que os ama, oh divina María, le dice el Beato Alano de la Roche, que escuche y guste: «El cielo se alegra y la tierra se admira siempre que digo *Ave María*; tengo al mundo horrorizado, tengo el amor de Dios en mi corazón, cuando digo *Ave María*; mis temores se desvanecen, se amortiguan mis pasiones, cuando digo *Ave María*; aumenta mi devoción y encuentro la compunción cuando digo *Ave María*; afirmase mi esperanza, acrecienta mi consuelo cuando digo *Ave María*; se alegra mi espíritu y se disipa mi disgusto cuando digo *Ave María*; porque la dul-

zura de esta suavísima Salutación es tan grande que no hay término apropiado para explicarla debidamente y después que hubiera uno dicho de ella maravillas, resultaría aun tan escondida y profunda que no podríamos descubrirla. Es corta en palabras, pero grande en misterios; es más dulce que la miel y más preciosa que el oro. Es preciso tenerla frecuentemente en el corazón para meditarla y en la boca para decirla y repetirla devotamente.

Auscultet tui nominis amator, o María, coelum gaudet, omnis terra stupet cum dico Ave María; Satan fugit, infernus contremiscit, cum dico Ave María; mundus viles cit, con in amore liquescit, cum dico Ave María; crescit devocio, oritur compunctio, cum dico Ave María; Spes proficit, augetur consolatio cum dico Ave María; recreatur animus, et in bono confortatur aeger effectus, cum dico Ave María. Siquidem santa suavitas hujus benignae salutationis, ut humanis non possit explicari verbis, sed semper manet, altior et profundior quam omnis creatura indagare sufficiat. Haec oratio parva est verbis, alta misteriis, brevis sermone, alta virtute, super mel dulcis, super aurum pretiosa; ore cordis est jugiter ruminanda, labiisque puris frequentissime legenda, ac devote repetenda.

Refiere el mismo Beato Alano en el capítulo LXIX de su Salterio, que una religiosa muy devota del Rosario se apareció después de su muerte a una de sus hermanas y le dijo: «Si pudiera volver a mi cuerpo para decir solamente un Ave María, aun cuando fuera sin mucho fervor, por tener el mérito de esa oración, sufriría con gusto cuantos dolores padecí antes de morir». Hay que advertir que había sufrido durante varios años crueles dolores.

Miguel de Lisle, Obispo de Salubre discípulo y colega del Beato Alano de la Roche en el restablecimiento del Santo Rosario, dice que la Salutación angélica es el remedio

de todos los males que nos afligen, con tal que la recemos devotamente en honor de la Santísima Virgen.

* *

Vigésima Rosa

BREVE EXPLICACION DEL «AVE MARIA»

¿Estáis en la miseria del pecado? Invocad a la divina María, decidle: Ave, que quiere decir: os saludo con profundo respeto, oh Señora, que sois sin pecado, sin desgracia. Ella os librará del mal de vuestros pecados.

¿Estáis en las tinieblas de la ignorancia o del error? Venid a María, decidle: Ave María, es decir Iluminada con los rayos del sol de justicia y Ella os comunicará sus luces. ¿Estáis separado del camino del cielo? Invocad a María que quiere decir: Estrella del mar y Estrella polar que guía nuestra navegación en este mundo y Ella os conducirá al puerto de eterna salvación. ¿Estáis afligidos? Recurrid a María, que quiere decir: mar amargo, que fue llena de amarguras en este mundo, al presente cambiados en mar de purísimas dulzuras en el cielo. Ella convertirá vuestra tristeza en alegría y vuestras aflicciones en consuelos. ¿Habéis perdido la gracia? Honrad la abundancia de gracias de que Dios llenó a la Santísima Virgen. Decidle: «Llena de Gracia y de todos los dones del Espíritu Santo» y Ella os dará sus gracias. ¿Estáis, por excepción, privados de la protección de Dios? Dirigiros a María y decidle: «El Señor es contigo más noble e íntimamente que en los justos y los santos, porque eres con El una misma cosa; pues siendo tu Hijo, su carne es tu carne, eres con el Señor por perfecta semejanza y por mutua caridad, porque eres su Madre».

Decidle en fin «Toda la Trinidad Santísima está contigo, pues Tú eres su Templo precioso» y Ella os colocará bajo la protección y salvaguardia de Dios. ¿Habéis llegado a ser objeto de la maldición de Dios? Decid: «Eres bendita entre todas las mujeres y de todas las naciones por tu pureza y gran poder; Tú cambiaste la maldición divina en bendición» y Ella os bendicirá. ¿Estáis hambriento del pan de la gracia y del pan de la vida? Acercaos a la que ha llevado el pan vivo que descendió del cielo. Decidle: «Bendito sea el fruto de tu vientre, que concebiste sin detrimento de tu virginidad, que llevaste sin trabajo y que diste a la vida sin dolor. Sea bendito Jesús que rescató del cautiverio al mundo, que curó el mundo enfermo, resucitó al hombre muerto, hizo volver al desterrado, justificó al hombre criminal, salvó al hombre condenado». Sin duda tu alma será saciada del pan de la gracia en esta vida y de la gloria eterna en la otra. *Amén*. Concluid vuestra oración con la Iglesia y decid: «Santa María, santa en cuerpo y alma, santa por tu abnegación singular y eterna en el servicio de Dios, santa en calidad de Madre de Dios, que te ha dotado de una santidad eminente, como convenía a tan infinita dignidad. Madre de Dios y también Madre nuestra, nuestra Abogada y Mediadora, Tesorera y Dispensadora de las gracias de Dios, procúranos prontamente el perdón de nuestros pecados y nuestra reconciliación con la Majestad divina. *Ruega por nosotros pecadores*, pues tienes tanta compasión con los miserables, que no desprecias, ni rechazas a los pecadores, sin los cuales no serías la Madre del Salvador. *Ruega por nosotros ahora*; durante el tiempo de esta corta vida frágil y miserable, ahora, puesto que sólo tenemos seguro el momento presente, ahora que estamos acometidos y rodeados noche y día de poderosos y crueles enemigos y *en la hora de nuestra muerte* tan terrible y peligrosa, en que nues-

tras fuerzas quedarán agotadas, en que nuestros espíritus y nuestros cuerpos estarán abatidos por el dolor y el terror; en la hora de nuestra muerte en que Satanás redoblará sus esfuerzos por nuestra eterna perdición; en esa hora en que se decidirá nuestra suerte dichosa o desgraciada para toda la eternidad. Ven en auxilio de tus pobres hijos; ¡Oh Madre compasiva! abogada y refugio de los pecadores, aleja de nosotros en la hora de la muerte a los demonios, enemigos y acusadores nuestros, cuyo aspecto horroroso nos espanta. Ven a iluminarnos en las tinieblas de la muerte. Condúcenos, acompañados al Tribunal de nuestro Juez, tu Hijo, intercede por nosotros para que nos perdone y nos reciba en el número de tus escogidos en la mansión de la gloria eterna. *Amén*. Así sea».

¿Quién no admirará la excelencia del Santo Rosario compuesto de dos partes divinas: la Oración dominical y la Salutación angélica? ¿Hay oraciones más gratas a Dios y a la Santísima Virgen, más fáciles, más dulces y más saludables para los hombres?

Tengámoslas en el corazón y en la boca para honrar a la Santísima Trinidad, a Jesucristo nuestro salvador y a su Santísima Madre. Además, al fin de cada decena es conveniente añadir el *Gloria Patri*, etc., es decir: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Dios por todos los siglos (1). Así sea.

(1) El *Gloria Patri* es una feliz innovación en el rezo del Rosario. ¿No podría atribuirse al mismo B. Monfort? (Nota del editor francés).

No podemos admitir esta suposición; pues el dominico Juan de Muyilly, que escribía en 1240, testifica que ya entonces se añadía el «Gloria» a las decenas del Rosario.

(V. «Enciclopedia Espasa» T. 52, p. 350).

TERCERA DECENA

Excelencia del Santo Rosario en la meditación de la vida y pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Vigésima prima Rosa

LOS QUINCE MISTERIOS DEL ROSARIO

Misterio es una cosa sagrada y difícil de comprender. Las obras de Jesucristo son todas sagradas y divinas, porque es Dios y hombre al mismo tiempo. Las de la Santísima Virgen son muy santas, porque es la más perfecta de las puras criaturas. Se llaman, con razón, las obras de Jesucristo y de su Santa Madre, misterios, porque están repletos de maravillas, de perfecciones e instrucciones profundas y sublimes, que el Espíritu Santo descubre a los humildes y a las almas sencillas que le honran. También pueden llamarse las obras de Jesús y María, flores admirables, cuyo olor y hermosura sólo conocen quienes se acercan a ellas, las olfatean y las abren por medio de una atenta y seria meditación.

Santo Domingo ha dividido la vida de Jesucristo y la de la Santísima Virgen en quince misterios que nos representan sus virtudes y principales acciones, como quince cuadros cuyos trazos deben servirnos de regla y ejemplo para la dirección de nuestra vida (1). Son quince antor-

(1) No consta que Santo Domingo hiciera esta división de quince asuntos para los misterios del Rosario, que no aparece fijada hasta siglos más tarde. Lo que sí puede admitirse es que Santo Domingo enseñó a meditar los misterios de la vida de Cristo al rezar el Rosario, como parece por algunas pinturas de Fra Angélico y por las ilustraciones del tratadito sobre los nueve modos de orar del señor Santo Domingo, que es muy antiguo. (V. el P. Getino). Ciencia Tomista, T. 24. ¿Fue Santo Domingo fundador del Rosario?

chas para guiarnos en este mundo, quince brillantes focos para conocer a Jesús y María, para conocernos a nosotros mismos y para encender el fuego de su amor en nuestros corazones, quince hogueras para consumirnos completamente con sus celestes llamas.

La Santísima Virgen enseñó a Santo Domingo este excelente método de orar y le ordenó predicarlo para despertar la piedad de los cristianos y hacer revivir el amor de Jesucristo en sus corazones. También lo enseñó al Beato Alano de la Roche. «Es una oración muy útil, le dijo, es un obsequio que me agrada mucho, el rezo de ciento cincuenta Saluciones angélicas. Y lo es aun más, y harán aun mucho mejor, quienes recen las saluciones meditando la vida, pasión y gloria de Jesucristo, porque esta meditación es el alma de tales oraciones». En efecto, el Rosario, sin meditar los misterios de nuestra salvación, sería casi como un cuerpo sin alma, una excelente materia, sin su forma peculiar que la distingue de las demás devociones.

La primera parte del Rosario se compone de cinco misterios, el primero es el de la *Anunciación* del Arcángel Gabriel a la Santísima Virgen, el segundo el de la *Visitación* de la Santísima Virgen a Santa Isabel, el tercero es el de la *Natividad* de Jesucristo, el cuarto el de la *Presentación* del Niño Jesús en el templo y la purificación de la Santísima Virgen, el quinto el del encuentro de Jesús en el templo entre los doctores. Se llaman misterios gozosos a causa del gozo, que proporcionaron a todo el universo. La Santísima Virgen y los ángeles fueron llenos de júbilo en el dichoso momento de la Encarnación. Santa Isabel y San Juan Bautista se colmaron de alegría con la visita de Jesús y María. El cielo y la tierra celebraron el nacimiento del Salvador. Simeón fue consolado y regocijado, cuando recibió a Jesús en sus brazos. Los doctores estaban arrebatados de admiración al oír las respuestas de Jesús; y

¿quién podrá expresar la alegría de María y de José al encontrar a Jesús después de tres días de ausencia?

La segunda parte del Rosario se compone también de cinco misterios que se llaman *Misterios dolorosos*, porque nos representan a Jesucristo abrumado de tristeza, cubierto de llagas, cargado de aprobios, de dolores y de tormentos. El primero de estos misterios es el de la oración de Jesús y su *agonía* en el huerto de los Olivos, el segundo su *Flagelación*, el tercero su *Coronación de espinas*, el cuarto el de la *Cruz auestas* y el quinto el de la *Crucifixión* y muerte sobre el Calvario.

La tercera parte del Rosario contiene otros cinco misterios llamados gloriosos, porque contemplamos en ellos a Jesús y María en el triunfo y en la gloria. El primero es el de la *Resurrección* de Jesucristo, el segundo su *Ascensión*, el tercero el de la *Venida del Espíritu Santo* sobre los Apóstoles, el cuarto la gloriosa *Asunción* de la Virgen y el quinto su *Coronación*.

He ahí las quince olorosas flores del Rosal místico, sobre las cuales las almas piadosas se detienen como diligentes abejas, para recoger el jugo admirable y producir la miel de una sólida devoción.

* *

Rosa vigésima segunda

LA MEDITACION DE LOS MISTERIOS NOS CONFORMA A JESUS

El principal cuidado del alma cristiana es caminar hacia la perfección. Sed fieles imitadores de Dios, como hijos suyos queridísimos que sois, nos dice el gran Apóstol. Esta obligación está comprendida en el decreto eterno de

nuestra predestinación como el único medio debidamente ordenado para conseguir la gloria eterna. San Gregorio de Nisa dice gráficamente que somos pintores. Nuestra alma es el lienzo sobre el cual debemos aplicar el pincel, las virtudes son los colores, que deben prestarle belleza; y el original, que debemos copiar, es Jesucristo, imagen viva, que representa perfectamente al Padre eterno. De modo, que así como un pintor para hacer un retrato al natural pone el original ante sus ojos y a cada pincelada vuelve a mirarlo, del mismo modo el cristiano debe tener siempre ante sus ojos la vida y las virtudes de Jesucristo, para no decir, hacer, ni pensar nada sino conforme a El.

Para ayudarnos en la obra importante de nuestra predestinación, la Santísima Virgen ordenó a Santo Domingo exponer a los fieles que recen el Rosario con los misterios sagrados de la vida de Jesucristo, no solamente para que le adoren y glorifiquen, sino principalmente para que regulen su vida y sus acciones con sus virtudes. Ahora bien, de igual manera que los hijos llegan a imitar a sus padres, viéndoles y conversando con ellos; y aprenden su lengua oyéndoles hablar; como un aprendiz consigue dominar su arte viendo trabajar a su maestro, así también los fieles cofrades del Rosario considerando seria y devotamente las virtudes de Jesucristo en los quince misterios de su vida, se hacen semejantes a su Maestro divino, con el auxilio de su gracia y por la intercesión de la Santísima Virgen.

Si Moisés ordenó al pueblo hebreo de parte de Dios mismo que jamás olvidase los beneficios de que había sido colmado, con mayor razón el Hijo de Dios puede mandarnos que grabemos en nuestro corazón y tengamos constantemente ante nuestros ojos, los misterios de su vida, de su pasión y de su gloria, puesto que son beneficios con que El nos ha favorecido y con los cuales mostró el exce-

so de su amor por nuestra salvación. «¡Oh! vosotros los que pasáis, deteneos y ved si hubo jamás dolor semejante al dolor que sufro por vuestro amor. Acordaos de mi pobreza y abatimientos, pensad en la amargura y sinsabores que pasé por vosotros en mi pasión» (1).

Estas palabras y muchas otras, que pudiéramos recordar, nos convencen sobradamente de la obligación en que estamos de no contentarnos con rezar vocalmente el Rosario en honor de Jesucristo y de la Santísima Virgen, sino ir meditando al mismo tiempo sus misterios sagrados.

* *

Rosa vigésima tercera

EL ROSARIO, MEMORIAL DE LA VIDA Y MUERTE DE JESUS

Jesucristo, el divino esposo de nuestras almas, nuestro dulcísimo amigo, desea que recordemos sus beneficios y los estimientos sobre todas las cosas. Tiene gloria accidental, como también la Santísima Virgen y todos los santos del cielo, cuando meditamos con afectuosa devoción los misterios sagrados del Rosario; que son los más visibles efectos de su amor a nosotros y los más ricos presentes que pudo hacernos, pues por ellos gozan de la gloria, la Santísima Virgen y todos los santos.

La Beata Angela de Foligno pidió un día a Nuestro Señor que le indicara con qué ejercicio pudiera honrarle más. Y apareciéndosele en la Cruz le dijo: «Hija mía, contempla mis llagas». Aprendió de este amable Salvador, que

(1) Thren, 1, 12. O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si es dolor similis sicut dolor meus.